

CAPÍTULO XI

AMOR

En tanto que la desgraciada hija de Herrera era conducida con tan negra perfidia á la casa del Conde de Elvén, de aquel hombre que ella amaba con toda su alma, que todos creían bueno, noble y pundonoroso, y que era ya un libertino sin corazón y sin fe, retrocedamos un poco, y subamos al cuarto segundo de la casa de la joven, y nos hallaremos en medio de la familia del pintor, cuya posición había variado muy poco desde el principio de esta historia.

Elena, que ya contaba cerca de treinta y ocho años, era siempre la esposa alegre y llena de abnegación, la madre ejemplar y cristiana.

El pintor, cuya salud se había robustecido considerablemente, trabajaba siempre; y desde hacía algunos años, sus obras, que ya eran conocidas por la mayor asiduidad que podía dedicarlas, eran buscadas y pagadas de una manera razonable.

Modesta era una bella niña que iba á cumplir

diez y seis años, y que tenía novio, como ya sabemos por Dolores.

Cesarina contaba nueve, y prometía ser muy linda: no iba á ningún colegio, y aprendía, bajo la vigilancia de su madre y de su hermana, el gobierno de la casa y las labores de su sexo.

Federico aprendía á leer, escribir y contar en un colegio inmediato, y en las horas desocupadas le daba su padre lección de pintura: contaba diez años, esto es, uno más que su hermana.

Estas tres criaturas eran buenas, sensibles y encantadoras; pero Modesta sobrepujaba á todos en perfecciones físicas y morales.

Su padre la llamaba *la alegría de la casa*; su madre la adoraba; y criada entre aquellos dos amores, tan blandos, tan dulces, la índole de la niña, suave por sí misma, se había hecho verdaderamente angelical.

No obstante, Antonio ostentaba algunas veces un poco de severidad, sobre todo desde que Modesta tenía *novio*, frase que llena de alegría el corazón de una joven de quince años y de zozobra el de su padre.

Ya tenemos algunas noticias acerca de quién era el novio de Modesta, pues en una conversación no muy lejana te acordarás querido lector,

que dijo Dolores, hablando con sus padres, ser un estudiante de leyes que estaba de huésped en casa de doña Toribia, á quien había conocido en razón de su vecindad.

Todo esto era, en efecto, verdad: el joven se había prendado de la casta y dulce belleza de Modesta, y había pasado muchas horas mirando, á través de los limpios cristales, aquel bello y sonriente rostro cuando lo levantaba de su labor.

Pero Luciano Ponce de León, hijo de una noble familia andaluza, que le tenía siguiendo en Madrid su carrera, empezó á hacer señas á la joven y le escribió su declaración, con la firme intención de pasar el tiempo lo más divertidamente posible, y no pensando en que aquella pobre muchacha—de la cual no tardó en saber que trabajaba para uno de los almacenes de modas—pudiera llegar á ser jamás su esposa.

Y no se crea que el caudal de Luciano pudiera hacerle pensar en un brillante enlace: nada de eso: su familia, si bien nobilísima, era pobre; pero Luciano sabía que pensaban casarle con una prima suya que era muy rica, y algunas veces decía á sus amigos:

—Yo todo lo tengo seguro: la nobleza y el dinero.

La digna, franca y espontánea respuesta que dió Modesta á su rutinaria declaración amorosa, no le desconcertó: se dijo que aquello era una fórmula de niña bien criada, pero que ya cambiaría de modo de pensar, obligada por sus asaltos y por sus continuas asechanzas desde su balcón.

Sin embargo, nada de esto sucedió. Modesta, después de enviar su carta con el permiso de su madre, no volvió á mirar al estudiante.

La joven amaba y respetaba tanto á aquella madre cariñosa, dulce y amante, que seguía á ciegas el consejo que le había dado, que era éste:

—Hija de mi alma, ya le has hecho ver que no te es indiferente: ahora, quieta y firme, que él vendrá si te ama; y si no viene, importa poco, porque es confesar que no te quiere.

Modesta esperó, y no le faltaba razón para ello: porque Luciano, al ver que nada adelantaba por los medios ordinarios de ataque, y que el dulce y sonriente rostro de Modesta apenas se levantaba de la labor más que para volverse al interior de la habitación donde se hallaba su familia, apeló á otros medios.

Una tarde, ya al anochecer, vió salir de la casita á Modesta y á otra señora, joven aún y que,

según lo que pudo columbrar, creyó bien parecida.

Corrió al portal, en el que trabajaban el tío Vicente y su hija Vicenta.

—Buen hombre—dijo Luciano dirigiéndose al anciano:—¿me podría usted decir quiénes son esas dos señoras que acaban de salir de aquí?

—No, señor—respondió el tío Vicente con su sonrisa más maligna:—es tarde, y mi vista corta.

—¿Para qué lo quiere usted saber, caballero?—preguntó afablemente Vicenta.

—Deseaba asegurarme si son las señoras del cuarto segundo—respondió algo confuso el que preguntaba.

—Son las mismas. Doña Elena y su hija Modesta: ahora van á entregar los bordados de la niña á una tienda de la calle del Carmen; y por cierto que son primorosos.

—¡Ya lo creo! la canastilla de una novia—observó el tío Vicente;—la de la señorita que se va á casar con el señor Marqués de Villaflorida.

—¡Qué! ¿Modesta ha bordado la canastilla de la Marquesa de Villaflorida?—exclamó Luciano.

—Sí, señor—respondió Vicenta.—¿Pero de qué se admira usted?

—De nada. Berta es prima mía. Pero, adiós,

señores, y hasta otro día. Ahí va eso, buena mujer, para que hoy refresque con este anciano, que, según supongo, será su padre.

—Caballero—observó Vicenta,—ni mi padre ni yo necesitamos del dinero de usted; guárdelo en hora buena para otros más necesitados. Le hemos dicho lo que deseaba saber, porque á nada nos compromete: esa señorita está bien guardada bajo la custodia de su madre, y además usted tiene cara de hombre honrado á carta cabal. Si le he hecho un favor diciéndole lo que sabía y usted deseaba, tanto mejor: estoy bastante pagada con el gusto de haberle servido.

Luciano quedó admirado de esta respuesta á la par delicada y noble; pero su afán por seguir á Modesta y á su madre sólo le permitió dar las gracias en pocas palabras y echar á andar tras ellas.

—¿Llevará buen fin?—preguntó el tío Vicente con su socarrona sonrisa.

—Padre—respondió Vicenta,—ahora no; pero el fin malo se volverá bueno.

—¿Te parece eso?

—Sí, señor. Así como el fin bueno de ese señor que dicen es novio de la señorita Dolores, se volverá malo.

—Mujer, ¿eso piensas?

—Sí, señor; y le diré por qué: doña Amparo es muy severa y aburrirá al novio de su hija; de modo que si éste no la quiere mucho, dirá: «Saquemos lo que podamos, y á otra parte con la música». Doña Elena es amable, buena y condescendiente con su hija, á la que cría con miel y no con hiel: así es que la muchacha ve en ella una amiga, y no le oculta nada: no dejará ella de contarle casi todo lo que le diga ese caballero, y así la madre sabe si hay peligro ó no; al paso que la señorita Dolores le tiene á su madre un miedo atroz, y todo se lo ocultará.

—¿No tiene á su padre, que es más bueno que el pan?—observó el tío Vicente.

—Padre, es que hay cosas que se dicen á una madre y á un padre no—respondió Vicenta.

—¿Y eso por qué?

—Porque la madre es mujer como nosotras, y con el padre siempre causan vergüenza ciertas confianzas. La madre debe ser la amiga; el padre, el amparo. Yo le decía á mi madre cosas que nunca he dicho á usted.

—Hija, tendrás razón—respondió el buen hombre:—siempre he dicho yo que tenías más talento que algunos sabios, y que los libros te sirven de

mucho. Pero no quisiera que á esa niña, más hermosa que un ramo de flores, le sucediera nada malo.

—Pues le sucederá—dijo Vicenta sacudiendo tristemente la cabeza:—en esa casa todo anda mal, por lo que toca á los genios; y luego está por medio el abejorro de doña Angustias, que, á mi ver, anuncia desgracias.

—¡Pobre mujer!—dijo el zapatero.

—Padre, es una petardista: comiendo acá y allá, y sin trabajar nunca ni ocuparse más que en saber vidas ajenas. Ella será la que lleve la corderilla al matadero.

—¡Calla, mujer!

—Yo sé lo que es el señor Conde, por ese ayuda de cámara que le dió su madre para que le cuidase, y que ya sabe usted que se ha empeñado en casarse conmigo.

—Y hablando de eso, hija, ¿por qué no le quieres?

—No quiero separarme de usted, ni exponerme á que le mire á usted mal.

—Creo, hija, que no hay peligro: el señor Casimiro me parece muy bueno, y ya ves qué boda harías!

—No era mala, porque él tiene dinero, y gana-

do honradamente; pero, padre, ¿á qué variar? Bien se está San Pedro en Roma.

—Mejor está en el cielo, hija.

—Ya pensaremos eso.

Vicenta se entró en su pobre pero limpia cocina para aderezar la cena, y el tío Vicente se acercó más á la puerta para aprovechar la última claridad del día, dando algunos puntos en una suela.

Entretanto que el padre y la hija departían acerca de la suerte de las dos niñas y de la suya propia, Luciano había alcanzado á la madre y á la hija.

Ambas vestían modestamente, pero con elegancia. En la calle y de cerca, encontró Luciano mucho más linda á Modesta de lo que le había parecido sentada detrás de las pequeñas vidrieras de su balconcito. Á través del ligero velo de tul que la cubría, parecía mucho más hermosa su rubia cabeza; era alta más bien que baja, de formas delicadas y graciosas.

Su madre tenía el aspecto decente, y cierta distinción en todo su porte, en su traje y en su modo de andar, que acusaba su honrada cuna y excelente educación; llevaba un vestido negro de seda usado, pero decente, y un pañolón obscuro.

Modesta adivinó que Luciano se acercaba; le

sintió, por decirlo así, detrás de ella, y volvió la cabeza: su conmoción al verlo fué tan grande, que su madre no pudo menos de notarla, y se volvió á su vez.

—¡Ah!—dijo con la mayor naturalidad:—¡ese ese caballero vecino nuestro!

Luciano aprovechó la ocasión, y se acercó á las dos señoras, saludándolas cortésmente.

Elena habló de mil cosas con amable sencillez: del tiempo sereno que estaba haciendo, de las mejoras de Madrid, y de otros objetos indiferentes. Cuando llegaron á la puerta del almacén de bordados, el joven iba á despedirse temiendo humillarlas.

—Puede usted entrar con nosotras, caballero—dijo Elena.—Nuestro objeto es muy sencillo: se reduce á entregar estas labores de Modesta y á cobrar su importe: vea usted, ella las lleva.

Luciano hubo de entrar, pero con alguna repugnancia, porque su vanidad se resistía á que le vieran acompañando á una pobre bordadora, á él tan elegante, tan pulcro, *tan metido* en la buena sociedad.

La joven abrió su paquete, y extrajo de él algunos pañuelos, decorados con el bordado más exquisito.

—¡Bien, muy bien, señorita!—dijo con entusiasmo una mujer de edad que se hallaba detrás del mostrador:—es una obra primorosa. ¡Qué limpieza, qué perfecta ejecución! Señora—añadió hablando con Elena,—voy á pagar esta obra más de lo que acostumbramos. Hay tres pañuelos: ahí van seiscientos reales.

Y puso en la mano de Elena esta cantidad.

—¿Le ha comprado á usted ya su señora madre el vestido de muselina de lana color de rosa que le aconsejé que se pusiera para hacer lucir sus hermosos cabellos rubios?—preguntó con bondad la almacenista á Modesta.

—No, señora—respondió ésta ruborizándose.

—Ha sido porque ella no ha querido—observó Elena:—en vez de su traje, me hizo comprar otros para sus hermanos; pero con esta suma se comprará el suyo sin falta.

—Dentro de diez días es mi santo—dijo la almacenista, y doy una pequeña fiesta:—si esta señorita me hace el favor de lucir en ella su preciosa voz y su vestido rosa, me causará un vivo placer.

Modesta levantó hasta su madre sus dulces y serenos ojos, y mostró su rostro encantador, animado por una luminosa sonrisa.

—Vendremos—dijo Elena sonriendo también á su hija.—De todos modos, siento algunas veces, señora, el que esta niña sepa tan perfectamente la música, para no lucir nunca sus buenas facultades y su excelente método de canto.

—Daremos en honor suyo—dijo la almacenista—una pequeña fiesta semanal. Este caballero—volviéndose á Luciano,—á quien supongo amigo de ustedes, queda convidado á ellas.

El estudiante se inclinó sin conceder ni negarse.

—Adiós, señora—dijo Elena:—vendremos sin falta, y Modesta traerá el vestido rosa, y mostrará en él su habilidad de modista; se hace muy bien sus trajes, y hace también los míos y los de su hermana.

—Aquí hay más labor—dijo la almacenista:—gorros de noche y chambras para la novia que usted sabe, la señora doña Berta Ponce de León, que se casa en segundas nupcias con el marqués de Villafiorida. No hay que darse gran prisa, hija mía: hay bordados para medio año. ¡Nunca vi canastilla como ésta... Pero, ¡calla!; ahora que veo bien á este caballero, creo que conozco su cara. Sí: ha estado aquí con la novia y con su padre.

Modesta palideció.

—Es verdad—respondió Luciano:—soy primo hermano de Berta, y acompañé á ésta y á su padre cuando vinieron á encargar su canastilla.

Las mejillas de Modesta recobraron como por encanto su bello y delicado color de rosa.

Salieron del almacén: la joven madre—pues Elena era joven y bella—volvió á entablar la conversación de mil cosas alegres y ligeras: ni una sola alusión hizo á la fiesta á que todos habían sido convidados. Al llegar á la puerta de su casa, dijo á Luciano:

—Caballero, esta casa está á la disposición de usted: mi esposo y yo tendremos mucho gusto en que la favorezca alguna vez.

Luciano saludó y dirigió á Modesta una larga mirada de despedida.

—¿Yo venir de visita?—se dijo al alejarse:—¡en eso pienso!; ¡á casa de una bordadora! ¡No faltaba más!

Al día siguiente, así que se levantó, se asomó al balcón, á pesar de estar la mañana muy fría.

Modesta, sentada detrás de sus cristales, cosía una tela color de rosa. Como si hubiera adivinado, á través de la distancia, que Luciano la estaba mirando, alzó los ojos y le saludó sonriendo.

—Ya está haciendo el traje para el concierto—pensó el estudiante. Hoy pasaré por la calle del Carmen y entraré en el almacén de bordados para ir á esa fiesta, que tendrá que ver: no quiero dejar de reirme un rato, y además así la veo sin comprometerme.

Luciano salió, pasó por la calle del Carmen, y entró á ver á la almacenista, que le preguntó:

—Caballero, ¿verá usted á la señorita Modesta?

—Si usted lo desea, sí, señora—respondió Luciano.

—Pues bien, le suplico le dé ese libro.

—¿Está en francés?—dijo admirado el joven.

—Sí por cierto. Modesta posee muy bien ese idioma, así como el italiano, que pronuncia con una dulzura sorprendente cuando canta. Es una criatura completa: es verdad que para hacerla tal, ha contribuído en gran manera la educación que le han dado sus padres, los que han pasado mil escaseces para proporcionarle maestros. Este excelente libro me lo tenía pedido su madre para ella: son las *Conversaciones familiares por M.^{me} la Princesse de Beaumont*.

—Se lo daré, señora—dijo Luciano, muy contento en su interior de tener un pretexto que le obligase á ir á casa de la joven.

Después de hacer su visita á la almacenista, salió de allí ofreciendo volver, y se dirigió á casa de Modesta.

Ésta cosía aún en su vestido color de rosa; Cesarina bordaba á su lado; su padre pintaba un magnífico cuadro; su madre cosía ropa blanca; Federico estudiaba sentado en un rincón, con atención sostenida y profunda.

La habitación estaba limpia y arreglada por una mano joven é inteligente: sillas cómodas llenaban los ángulos; una mesa, colocada en el centro, contenía labores de costura, calcetas empujadas y algunos lienzos; algo más allá, un velador redondo se hallaba ocupado por algunos álbums y por un jarro de cristal azul que sostenía un ramo de flores de los campos, ó, más bien, de yerbas verdes, por cuanto se estaba en la estación más rigurosa del año; el piano que había servido para la enseñanza de Modesta, y que ahora servía para dar ésta lecciones á sus hermanos, lucía toda su hermosura, que era notable, en el testero principal de la habitación.

Modesta llevaba un vestido usado, una esclavina negra, y sobre ella, vuelto, un cuellecito muy blanco; sus hermosos cabellos rubios, enroscados en gruesas trenzas, adornaban su cabeza de ar-

cángel, que parecía esparcir una luz suave y dulce en torno suyo.

—Bien venido, caballero—dijo el pintor levantándose cortésmente para recibir á su visita y descubriendo su elevada estatura, envuelta en una bata de colores vivos.—Mi mujer me ha dicho que es usted vecino nuestro, y que anoche tuvo la bondad de acompañarlas á ella y á mi hija. Mucho me alegro de que haya usted venido á tomar posesión de esta casa, que ya sabe es suya.

Y diciendo estas palabras, ofreció al estudiante un asiento.

Luciano, una vez allí, sintió haber subido: se hallaba muy bien; pero le parecía que la presencia del padre de Modesta le ligaba con un compromiso, á causa de que era muy fácil adivinarse el objeto que le llevaba. Las benévolas y graves palabras del artista le tranquilizaron, sin embargo, bien pronto. Luciano era inteligente en bellas artes, y sobre ellas versó la conversación.

—Creo que toda persona que siente y piensa debía ser artista, sólo por la felicidad que reporta el serlo—dijo el padre de Modesta.—Yo he pasado algunos años en la pobreza, y hoy vivo, con mi familia, en una modestia próxima á la escasez; pero esta felicidad tranquila que me rodea,

esta independencia de afectos, esta libertad completa, estas sensaciones de las que soy dueño, no se pagan con todos los tesoros de la tierra. El cultivo de las artes despoja al alma de las negras sombras de la emulación y de las congojas de la vanidad; creyéndose el artista el ser más dichoso de la tierra, á nadie envidia: sólo pide salud y pan, supremos bienes que el Dios de misericordia le escasea pocas veces.

—¡Ay, Dios mío! Pues tú, mi pobre amigo, has estado enfermo bastante tiempo—observó Elena con su sinceridad acostumbrada.

—Es cierto, sí, muy cierto, querida mía; pero ya estoy fuerte y bueno, alegre y contento con verme entre vosotros, entre vosotros, que sois mi dicha. Por todos los tesoros del mundo no cedería hoy una de mis hijas, y únicamente pido al cielo que preserve del amor durante muchos años el corazón de Modesta, para que no se aparte de mi lado y del de su madre.

—¡Oh, sí!—añadió Elena;—no deseamos nosotros, en verdad, que se case nuestra hija, y sólo pedimos al cielo todas la noches, rezando juntos su padre y yo, que nos la guarde durante largo tiempo.

Luciano era demasiado perspicaz para no sos-

pechar que estas palabras estuviesen destinadas á producir un efecto contrario al que aparentaban; es decir, que las hubiesen pronunciado los padres de Modesta justamente para hacerle desear el casarse con ella; pero vió retratada una emoción profunda en el noble y grave rostro del pintor, vió lágrimas en los ojos de Elena, y se dijo á sí mismo con íntima convicción:

—Todo se finge menos esto.

Desapareció, pues, á sus ojos el lazo que temía, y se halló con más libertad y más confianza entre aquella honrada familia.

Cuando salió de casa de Modesta, no sabía á dónde ir, y buscó un paseo solitario para entretener el tiempo, que le pesaba de una manera extraña: hubiera deseado dormir hasta que diese, al siguiente día, la hora de ir á casa del pintor.

En su segunda y tercera visita fué recibido con la misma grave cordialidad; á la cuarta, los niños se acercaron á él y empezaron á hablarle como á un amigo: aquel día se comió delante de Luciano, y éste pudo apreciar el extremado orden de aquella buena familia, y la suave resignación con que sobrellevaba su pobreza.

Modesta, delicada criatura, sujeta á un continuo y prolijo trabajo de aguja, estaba casi siem-

pre privada de apetito, por estar también privada del ejercicio, tan necesario á su edad; pero con heroicos esfuerzos ocultaba á sus padres lo que sufría, y comía con la mayor alegría las legumbres ó las verduras, sazonadas por la amorosa mano de su madre, que no pudiendo estimular de otro modo el paladar de la joven, ponía el esmero y el cariño al servicio de su hija.

Luciano procuró hacerse muy amigo de aquella familia, y pronto tuvo franqueza bastante para enviar á los niños una bandeja de pastelillos que, en rigor, se dirigía á Modesta; un ramo de flores cada mañana iba á alegrar los ojos de la bordadora; y estas atenciones, unidas á la vista de Luciano, obraron el milagro de hermohear la ya encantadora belleza de la joven.

Llegó el día del concierto, y Luciano fué á él con la familia del pintor.

La reunión era pequeña y sin pretensiones: en un saloncito vestido de una linda tela de seda azul, y muy bien iluminado, se hallaban reunidas cuarenta personas.

Modesta estaba encantadora; su vestido color de rosa hacía resaltar la nacarada blancura de su dulce rostro y el dorado matiz de sus magníficos cabellos, que guarnecían su frente en espesos ri-

zos; su talle, de una gracia y elasticidad maravillosas, lucía toda su perfección con el acertado corte de su vestido; era, en fin, la más bella joven de aquella pequeña fiesta.

Cantaron algunas otras señoritas, y luego fué ella conducida al piano por su padre, acompañándola su maestro, que también había sido convidado.

Luciano quedó sorprendido al oirla: aquella voz era, á la par, de plata y de seda, argentina y flexible, dulce y pastosa; y unido á todo esto, se admiraba un excelente método de canto.

—¡Es una maravilla!—exclamó uno de los oyentes dirigiéndose al padre de la joven.— ¡Cómo es posible reunir en tan corta edad la dulzura de un ruiseñor y la garganta de un canario!

—Pues bien poco dinero me ha costado, amigo mío—respondió el artista:—sólo tres años ha tenido maestro mi hija. Pero su disposición es maravillosa para todo lo que sea el cultivo de las artes. Otro tanto ha sucedido con la pintura: me ha costado pocos desvelos, y he sacado mucho fruto.

—¿Por qué no la ajusta usted en un teatro?; esa voz es un tesoro.

—¡Yol!—exclamó el pintor haciéndose atrás con

horror:—¡yo ajustar á mi hija para que divierta á un público caprichoso! ¡Jamás! Prefiero que se ocupe de labores... anónimas, como son sus bordados. Nunca debe despojarse una joven del santo velo de su pudor, y su mayor mérito consiste en estar oculta, como entre nubes. Cantará para sus padres, para sus hermanos y para su marido.

Algunos días después, Luciano reiteró á Modesta la declaración de su amor.

—Repito á usted lo que dije en mi carta—respondió la joven:—yo no soy ingrata al afecto de usted; pero no le corresponderé si esto no es del agrado de mis padres.

—Ya lo sé—contestó Luciano,—y sólo quiero que me autorice usted para hablarles de mi amor y de mis esperanzas. Modesta, al lado de usted y de los suyos, sólo puede alimentar el alma buenos y nobles sentimientos: los míos son tan honrados como usted merece; ¿quiere usted que hable ahora mismo á sus padres?

—¡Oh, sí, sí!—exclamó la joven, en cuyos ojos brilló instantáneo y deslumbrante el rayo de su amor.

Luciano, que había hablado en voz baja, la levantó, y formuló la petición de la mano de Modesta, dirigiéndola á sus padres.

—Sólo siento—añadió—que soy pobre, que me faltan dos años para acabar la carrera, y que, después de concluída, no puedo ofrecer á Modesta más que una posición mediana.

—¿Qué dices tú, niña?—preguntó el artista.

—¡Que le amo!—respondió la joven ocultando su rostro, cubierto de confusión, en el pecho de su madre.

—Ninguna de las tres objeciones que usted me ha hecho, lo son ya para mí—repuso el pintor,—ni lo son tampoco para su madre: queremos la dicha de nuestra hija, y nada más; puede esperar dos años, y cuatro también, porque es muy joven, y ya sabe usted cuán poca prisa tenemos por separarla de nuestro lado; está acostumbrada á la pobreza, y la medianía es, para su carácter moderado, la felicidad. Sólo siento por mi parte—añadió el buen padre,—que este contrato la separe ya de mí. Hoy lo digo, como lo dije en otra ocasión: quisiera que mis hijas no se casaran jamás.

Desde aquel día, la vida abrió para Modesta sus puertas de oro. Aquel amor era como el hilo de agua clara y sonora enviado á un huerto virgen y frondoso, para que fertilice todos sus frutos y haga abrir todas sus flores. En el alma pura y

casta de la joven se elevó un perpetuo cántico de alegría y de amor: ella, que ya encontraba la vida agradable y dulce, la encontró desde entonces llena de bellezas, y comprendió mejor toda la hermosura de la eterna, porque el amor santo y legítimo hace entrever los reflejos del cielo.

El pintor y su esposa dejaban á su hija en una razonada libertad, porque sabían, en su claro talento, que el amor tiene alas, y necesita espacio para volar; que es peligroso comprimir sus expansiones, y que ha menester de cultivo como las más delicadas flores.

Á la vista de sus padres y de sus hermanos, crecía aquel cariño. Luciano, que tenía todas las ocasiones que necesitaba para hablar á Modesta, nada más le pedía, y esperaba tranquilo y feliz la época de su casamiento, como se espera una dicha que está segura, y á la que no se opone ninguna de las tiranías de la tierra.

En tanto que Dolores, víctima por una parte de la apasionada vehemencia de su carácter, y por otra de la severidad maternal, era conducida por la mano de doña Angustias á su perdición, vendida lo mismo que se vende para llevarla al matadero á la inocente cordera, Modesta bordaba, y Luciano, sentado al lado suyo, la contemplaba y

seguía con una atenta mirada el ágil movimiento de los dedos marfileños de su amada.

Cantaba al sol un canario, émulo de la garganta de su joven ama; un gato rubio y grueso, sentado gravemente en la tarima que sostenía el brasero, aprovechaba un rayo del dorado Febo, que hacía más subido el matiz de su sedosa piel.

Un perrillo de casta indefinible, pero tan rollizo como el gato, su antagonista, apoyaba sus dos patitas delanteras en el brasero y se calentaba el hocico, dormitando con perezoso abandono.

Elena andaba de acá para allá, preparando, con ayuda de Cesarina, un gran cesto de planchado, que debía *despachar*, como ella decía, aquel mismo día.

Federico estudiaba su lección de piano, con la atención propia de su carácter reflexivo.

—Mamá estará cansada esta noche, y no es cosa de incomodarla—respondió Modesta levantando hacia el expresivo y simpático semblante de su novio su dulce y rosada cara.

Luego, alzando un poco más la voz, dijo á su hermano:

—Federico, ese *la* es sostenido, y lo haces sencillo.

—¡Ah!; ¡deja, deja que te abrace, hermanal—

exclamó el niño corriendo hacia su maestra.—
¡Cuánto me ha hecho rabiarse ese dichoso *la*! No atinaba yo lo que era, y la lección no salía; á no ser por ti, para rato tenía yo fiesta.

—¿Por qué no me lo has preguntado antes?—dijo Modesta, devolviendo al pequeño Federico sus caricias.

—Claro está—opinó Cesarina:—yo, cuando me sale mal la labor, se la doy á Modesta, y ella la arregla.

—Mira, Cesarina—dijo Luciano:—ven acá, que te voy á decir una cosa.

La niña se acercó, y el estudiante le dijo al oído algunas palabras.

—¡Ah, sí sí!; ahora mismo se lo voy á decir—gritó alegremente Cesarina.—¡Madre, dice Luciano que si usted quiere iremos al teatro!

—Y yo digo—respondió Modesta—que usted, mamá, estará muy cansada y no tendrá gana de salir hoy, porque está de planchado.

—Iremos en coche—opinó Federico.

—Tienes razón, querido: iremos en coche—dijo Luciano.

—Eso es, *Jalón por media vega*—dijo Elena, que era aragonesa, y nacida á orillas de aquel hermoso río, que á veces no riega *media vega*,

sino la vega entera.—¿Y cómo, querido Luciano, quiere usted ir con los chiquillos y todos? En caso, vaya usted con Antonio y Modesta.

—¡No faltaba más!—exclamó Luciano.—Ya encargué ayer un palco muy grande, y estaremos muy bien.

—Aquí está papá—dijo Federico al oír la campanilla, y corriendo á abrir.

—Buenos días á todos—dijo el pintor al entrar.—Elena, niñas, Federico, prepararse para ir al teatro esta noche: es buena función, y aquí hay billetes.

Al decir estas palabras echó sobre el velador seis asientos de galería.

—Ahora estaba hablando Luciano de palco y de ir en coche—observó Cesarina,—porque decía Modesta que mamá estaría cansada de planchar para ir á pie.

—Nada de palco—opinó el artista:—los pobres debemos ir como pobres que somos; por lo demás, tu madre tendrá coche é irá en él al teatro acompañada de Modesta; nosotros saldremos antes á pie para buscar los sitios que nos corresponden y esperarlas sentados: ¿acomoda, señor Ponce? Si usted no quiere ir á un asiento tan modesto, no se violenta, y vaya á otro mejor.

—El mejor sitio para mí es aquel en que ustedes estén—respondió el joven;—y pocas veces habré asistido á una función con más placer que hoy.

Modesta dirigió á su novio una mirada llena de agradecimiento; pero al mismo tiempo una exclamación de su hermana la hizo mirar á otra parte.

—Dolores sale ahora de casa de Luciano—dijo la niña.

—¿Qué dices?—preguntó su madre.

—Que acá vienen Dolores y doña Angustias: ahora salen de casa de Luciano.

—La habrá llevado el sargentón de la viuda á visitar á su amiga doña Toribia—observó candidamente Elena.

—¿No vive ahí el Conde de Elvén?—preguntó el pintor en acento bajo á Luciano.

—Sí, señor—respondió éste.—¿Acaso sospecha usted...? Eso sería horrible.

—Sospecho que hay sombras donde vuelan los murciélagos—dijo el pintor señalando á doña Angustias, que al lado de Dolores cruzaba la calle en dirección á su casa. Los padres severos en demasía son como las esposas tiranas: por no conceder algo, lo pierden todo.